



DISCURSO PATRIÓTICO

PRONUNCIADO

EN LA PLAZUELA PRINCIPAL

DE LA ALAMEDA DE MEXICO,

POB EL CIUDADANO

JOSE DE JESUS HUERTA

EL 4 DE OCTUBRE DE 1833,

Dia en que se solemnizó la fiesta nacional del 16
de Setiembre,

ANIVERSARIO

DEL GRITO DE DOLORES.



MEXICO: 1833.

IMPRESA DEL AGUILA,

dirigida por José Ximeno, calle de los Medinas núm. 6.

Cesó para siempre, mexicanos, el insultante aparato con que en la hermosa Tenoxtidán se celebraba anualmente el triunfo de la tiranía, y aun la memoria de aquella orgullosa y sacrilega farsa casi casi se pierde ya entre las ruinas del tiempo. Roto, abatido y lacerado el pendon de Castilla recibió por favor que se le dejase esconder su ignominia entre los asquerosos escombros del dominio español, que igualmente se ocultaron en la oscuridad del olvido; y el día 13 de Agosto año por año llega y pasa entre nosotros sin que nadie tome empeño en acordarse de la pública y fastuosa ostentacion que por tres siglos se hizo de injustas usurpaciones y crueldades inauditas.

Me llena de complacencia tan recomendable conducta, y aun me envanece el honor de pertenecer á un pueblo generoso que facilmente olvida, facilmente perdona agravios sin número y sin tamaño. Pero reunidos hoy en este lugar para hacer dulces recuerdos del primer grito de independencía, ¿será posible apartar la vista del cúmulo inmenso de infortunios y desgracias que, cual peste asoladora, nos condujo al colmo del tormento y de la afliccion? ¡Ah! ¿Quién es aquel que escapando de un naufragio no se vuelve con placer á mirar el proceloso mar que poco antes abria sus embravecidas olas para sepultarlo en su seno? ¿Quién al fin de una larga y penosa peregrinacion no dilata su

espíritu ni enagenado de gozo ameniza su conversacion con detalles circunstanciados de las privaciones, fatigas, peligros, inclemencias y todas las penalidades que pusieron á prueba su constancia? Mexicanos: dejemos á nuestros quintos nietos que poco ó nada se afecten en la relacion de males que no alcanzaron; nosotros que hubimos de apurar hasta las heces la copa amarga de insufribles tratamientos no podemos prescindir de traer á cuento con interés las impresiones fuertes del látigo con que fuimos gobernados. No es esto mezclar con nuestras festivas demostraciones el acibar del rencor; es la efusion del espíritu contribulado en el momento en que se ve libre del peso de la opresion, son las tiernas lágrimas que derrama el desvalido cuando se presenta á sus ojos desmayados la consoladora imagen de una dicha suspirada, es el contento y regocijo con que los huesos humillados se levantan del polvo en que estuvieron confundidos.

A la verdad, yo no temo que una reseña, cual os anunció, convierta en pompa fúnebre la solemnidad de este dia, porque al entonar apacibles cánticos de alegría al rededor del árbol frondoso de la libertad, es preciso que véais no solamente las manos que lo plantaron, si no tambien las fatigas impendidas en abonar el terreno y el precioso fluido con que fué regado, y que ha hecho brotar las hermosas ramas que hoy nos cubren con su sombra inapreciable. Grandes trabajos, sacrificios costosos, enormes dificultades y obstáculos formidables son los colores que forman la pintura del heroismo con que se comenzaron á quebrantar las infames cadenas de un horrible cautiverio.

A esta idea creí que debía ceñirme en el discurso que por voluntad vuestra me tocaba preparar para

solemnizar con vosotros el aniversario de la primera época de nuestra emancipacion. Y el motivo que tuve para hacer esta eleccion es que me pareció la mas propia en las actuales circunstancias; porque al paso que nos obligaría á reconocer con asombro el sobresaliente mérito de nuestros primeros héroes, no puede dejar de excitar estímulos poderosos para mantener siempre viva la ardiente llama que en 16 de Setiembre de 1810 puso en combustion inestinguible todos los títulos de la dominacion española.

Yo no acertaré á desempeñar el asunto que me he propuesto; pero sobre mi notoria ineptitud, que por el honor que me habeis dispensado, no pudo servirme de excusa, tened presente que mi preparacion para dirigiros la palabra, precisamente hubo de hacerse en los días de consternacion, de luto y de llanto, que nos han obligado á retardar la solemnidad de esta fiesta nacional. Yo redacté mis pensamientos con la muerte delante de los ojos, y esperando por momentos el golpe fatal que cortase el hilo de una vida nada dulce entre los peligros que ha corrido desde que la patria en su indignacion juró perecer ó libertarse de sus cadenas. Sed, pues, indulgentes conmigo y escuchadme con paciencia.

Mexicanos: si hay prodigios estupendos, que superando el orden de la naturaleza, arrebatan la admiracion de los hombres y los obligan á reconocer un poder omnipotente, tambien hay fenómenos portentosos en el orden político, que burlándose de las medidas mas bien combinadas, hacen salir de la oscuridad á los génius extraordinarios que el cielo destina para mejorar la suerte de las Naciones, cambiando sus relaciones sociales. Tal se presenta justamente á nuestra considera-

cion el grito de Dolores, y los nombres de Hidalgo y sus dignos compañeros, serán eternos en la memoria de nuestros conciudadanos.

Porque, ¿qué circunstancias favorables habia en aquella época memoranda para concebir la esperanza de un éxito feliz en la difícil empresa de separar para siempre dos mundos unidos con fuertes vínculos? Ningunas: y esta es una verdad que no se han cansado de inculcar, aunque con diversos fines, tanto los amigos como los enemigos de nuestra gloriosa insurreccion. La Nueva España despues de haber pasado por toda clase de padecimientos en la série de tres siglos, no contaba todavia con elementos bastantes para declararse independiente, y debemos confesar que bajo el régimen colonial establecido desde la conquista, jamás los hubiera tenido por dilatada que fuese la duracion de los tiempos. Gemia en silencio esta Pátria querida, y su dolor mas acerbo era el de no poder manifestar sus justas quejas: veíase en la triste necesidad de adorar sus cadenas, y tenerse por dichosa entre mortales angustias. Por otra parte, sepultada en la funesta paz de los sepulcros no palpaba mas que tinieblas, y nunca pudo entregarse á sérias y detenidas meditaciones que le fuesen de provecho para darse por sí misma una existencia política. Todo el caudal de conocimientos que le fue permitido adquirir, vino á reducirse á frívolas y ridículas necedades muy propias para no dar lugar á principios luminosos.

En tan mísera situacion era imposible encontrar elementos de independencia, ni esperanza de tenerlos. No habia, pues, otro recurso que comenzar á crearlos al mismo tiempo de proclamarla, y esta gloria estaba reservada á la heroicidad de un párroco ilustre y un cor-

7

to número de patriotas y militares impávidos. *Afuera tiranos*, gritaron con voz tremenda, y yo no tengo embarazo para presentar este fenómeno raro segun y como se presentó el mismo en la Villa de Dolores. Una bandera nacional en que estaba pintada la imagen de Guadalupe, fué la señal de alarma para los pueblos oprimidos, y de susto mortal para sus opresores. Esa bandera llevaba escrito con caracteres indelebles el exterminio de la tiranía, y este decreto irrevocable bastaba por entonces, y fué cuanto pudo hacerse en aquellas circunstancias. Así es que sin mengua de nuestros héroes podemos convenir en que ésta fué la base de sus operaciones, su código y sus instituciones. No tememos el juicio de una severa crítica, ni el empeño de oscurecer nuestras glorias, mal disimulado con las protestas de estilo. Porque si hay quien confunda las exigencias de los tiempos, el buen sentido jamás cometerá la injusticia de estrañar en el primer esfuerzo de la libertad, lo que posteriormente se ha tenido como indispensable con el conocimiento adquirido en mas de veinte años de meditaciones y con la esperiencia de repetidos pronunciamientos. Y si hay tambien quien colocado á mucha distancia del centro de nuestras agitaciones, sin penetrarse del tino con que se conducian los caudillos de la revolucion y que, mal de su grado, conocian nuestros mismos enemigos, si hay, repito, quien escribiendo sobre datos inexactos ó sobre infieles y malignas relaciones, se haya dejado alucinar con las apariencias del desórden y confusion para hacernos una pintura triste y aun ridícula de los primeros pasos que dimos en la carrera de la independencia, la historia verdaderamente imparcial nos hará justicia, y en vez de hablar en términos depresivos, eternizará con el debido

encarecimiento el origen fecundo de los sacudimientos que al fin vinieron á sacarnos de las garras del despotismo español.

Hablen, pues, como gusten los desafectos ó los mal informados, de lo que realmente sucedia en la escena interesante que se presentó á la vista de todos en el interior de nuestra república: noten faltas y desastres, que, si lo son, no pudieron evitarse: exijan medidas, que practicadas del modo que han llegado á concebirlas, habrían sido sin duda las mas eficaces para desgraciar la empresa: digan, pues que así lo quieren, que el inmortal Hidalgo no hizo otra cosa mas que enastar una bandera con la imagen de Guadalupe, y echarse á correr de ciudad en ciudad con sus gentes animándolas al saqueo y á la matanza de españoles: sea, en fin, para ellos el grito de Doleres una esplosion tumultuaria, sin órden, sin sistema y sin objeto determinado. No diremos otro tanto los que podemos dar testimonio de lo que vimos con nuestros ojos y palparon nuestras manos. *Afuera tiranos*, fué el clamor que lanzó la Pátria cautiva por el órgano de sus mas queridos hijos, y *Afuera tiranos* la voz que encerraba todo el plan por donde debia empezar el cambio que se intentaba. Plan sencillo y sábiamente escogido, y en prueba de que lo fué, no es necesario alegar la rapidez sorprendente con que se adoptó en la vasta estension de un territorio inmenso, pues que bastará observar que esa misma voz es la que posteriormente se ha repetido mil veces, y se repite todavia, habiendo sido la base de donde han partido todos los que en nuestras convulsiones políticas han querido desde luego contar con la seguridad del triunfo. Perote, Veracruz, la Acordada, Zacatecas, Jalisco, la República entera confirma esta verdad con hechos incontestables.

9

Señores: el negocio de nuestra emancipacion no podia promoverse de otro modo, y aun para hacer lo que se hizo era necesaria una fuerza de espíritu capaz de arrostrar á peligros inminentes y vencer obstáculos de primera magnitud. Vuelvo aquí á interesar vuestra sensibilidad con especies, que en casos como el presente, se han querido ocultar bajo el velo de ingeniosas retencencias. Bien podeis en medio de los transportes del gozo repasar los dias y los años de nuestra humillante esclavitud y convenceros de la absoluta imposibilidad en que nos hallábamos de adoptar otras medidas que no fuesen las de un rompimiento intempestivo. La ignorancia, la supersticion, el fanatismo habian segado las fuentes de donde podia esperarse el tiempo y sazon de proceder con planes exactamente redactados, y con los manifiestos y proclamas que hoy se calificarían como medios indispensables, pero que entonces se habrían recibido en lo general como producciones infernales. ¿Qué importa que no muy lejos de aquí se proclamasen los derechos imprescriptibles del hombre, si nosotros los ignorábamos ó se nos daban á conocer como otras tantas heregías? ¿Qué importa que allí se reconociese la soberanía del pueblo, sí aquí se anatematizaba y se le contraponía con zelo ardiente el pretendido dogma del poder celestial de monarcas absolutos? ¿Qué importa que casi en presencia nuestra se ventilasen cuestiones de interés comun, si nosotros entretanto ni conociamos su importancia, ni hablábamos de otra cosa que de.....? Vergüenza es decirlo, y cierta delicadeza me obliga á cerrar mis labios. El Norte de nuestro continente hubiera podido alumbrarnos y servirnos de modelo; pero una densa niebla se habia

estendido por toda la faz del Anáhuac, y no podían penetrar los rayos de luz que nos enviaban nuestros vecinos compadecidos de nuestra ignorancia. Precisamente venían á reflectir en nuestras costas y fronteras, ó eran del todo absorbidos si llegaban á tocar en los oscuros depósitos de un tribunal intolerante.

La supersticion no cesaba de inspirar cuanto podia contribuir á mantenernos en la mas insensata estupidez: habia canonizado la injusta agresion de los Corteses y Pizarros, y constante en su táctica de ilusion, jamás varió de conducta: siempre insistió en predicarnos que el cielo en su misericordia nos trajo á los españoles para que nos colmasen de beneficios; y de aquí resultaba para nosotros la estrecha obligacion de agotar nuestros tesoros en retribucion de tanta beneficencia, como si lo fuera el insolente orgullo y la conducta altanera con que se empeñaron en quitarnos hasta la esperanza de salir algun dia de sus opresoras manos. Y como si, para conseguirlo, no hubiesen añadido la peor quizá de nuestras desdichas, cual es la de habernos tenido sujetos al furor del fanatismo.

¡Ah! Señores: para el infeliz americano la sola imaginacion de sacudir el yugo que lo encorbaba era un pecado nefando, y era asimismo una impiedad imperdonable cualquier impulso que no fuese el del sufrimiento. Los Ministros del Evangelio, de esa ley suave y creadora, por lo que á ella toca, de la dulce libertad, en vez de condenar los caprichos de la arbitrariedad, prestaron su influjo para apoyarlos. Como si los califas que nos maltrataban en nombre del Rey, no tuviesen fuerza suficiente para hacernos la vida amarga, se valieron de los Sacerdotes para tiranizarnos en nombre

11

de Jesucristo. México no podía articular la voz emancipacion sin excitar simultáneamente la cólera del trono y la indignacion del altar: patíbulos y anatemas debian salirle al encuentro; y por precision tenia que empeñarse en una sangrienta lucha para conquistar su libertad.

Ya lo vimos, y ¡ojalá en esta parte la historia no tuviese tantos escándalos que consignar en sus páginas! Pero los Apóstoles de la tiranía creyeron en la exaltacion de su zelo que habia llegado la vez de renovar los ejemplos de sus predecesores, y caminando sobre sus huellas desplegaron la fuerza imponente de su ministerio para hacer valer todo lo que desde la conquista se habia alegado en favor de la dominacion española. No se olvidó ni la bula en que el Papa Alejandro VI. dispuso de lo que no era suyo, y los pulpitos se convirtieron en cátedras de derecho para alucinar con especiosas aplicaciones de principios mal entendidos: se profanaron los templos celebrando en ellos con religiosas ceremonias la matanza y el suplicio de los que se llamaban rebeldes; y poco faltó para hacer el apoteosis de los Cruces y Callejas y de los que á sus órdenes empapaban los campos con sangre de mexicanos Sermones respirando amenazas de desolacion y muerte: declamaciones llenas de fuego contra el genio emprendedor que dió principio á la obra poniéndose á la cabeza de sus conciudadanos: pinturas horribles de su caracter y de su vida tanto pública como privada: exhortaciones pastorales concebidas por el estilo de los discursos que encendian el ardor bélico y alentaban al soldado en la campaña: edictos y circulares conformes en el desigño de perpetuar la fascinacion del juicio y

hacer eterno el terror de las conciencias; ved aquí los fuertes diques con que se procuró contener el curso de la revolucion. Bringas, Estrada, Diaz Calvillo y otros predicadores tomaron el empeño de combatir en el púlpito la causa nacional, mientras que el alto clero, es decir, los Obispos y los Cabildos eclesiásticos fomentaban el mismo espíritu poniendo en continuo movimiento los resortes de su poder.

De aquí la division de los hijos del pais, de la cual el Gobierno se supo aprovechar para levantar fuerzas capaces de reanimar su desaliento y de ponerlo en aptitud de disputar con ventajas la presa que se le escapaba. A no haber conseguido que nosotros nos acuchillásemos recíprocamente, la independenciam habria sido obra de un momento, un solo impulso bastaba para derribar el coloso que sustentaron los robustos brazos de nuestros hermanos seducidos. Sin este apoyo el enemigo, convencido de su impotencia, habria capitulado, ó rendidose á discrecion ya que no quiso hacer causa comun con los que él en el despecho de su orgullo llamó gente vil y fementida, y que lejos de imitar su ferocidad lo invitaron constantemente con propuestas racionales y pacíficas, aun cuando en su mayor pujanza se hallaban en estado de imponer con intimaciones irresistibles. Porque, es preciso que el mundo se desengañe para gloria inmortal de nuestros valientes campeones, la union, esa preciosa garantia que once años despues proclamó el ejército trigarante, no fué desconocida en la primera época de nuestra emancipacion. El hecho exactamente analizado es que la union entonces fué tan cordialmente ofrecida y solicitada por parte nuestra como obstinadamente desechada por parte de

13

los enemigos. Seame lícito hacer siquiera una ligera indicacion de los comprobantes de esta verdad.

Hidalgo voló á Guanajuato llevando en sus manos el ramo de la oliva mas bien que la espada aterradora: se presenta en sus puertas haciendo invitaciones de paz y de fraternal concordia; y procura evitar de este modo el sangriento espectáculo que debia ser consecuencia necesaria de una temeraria resistencia. Pero Riaño se obstina, y para no desmentir el caracter español elije morir antes que ceder á la fuerza que le era imposible contrastar.

Ximenez desprende de la Villa de San Felipe y en su marcha para el Norte señala cada uno de sus pasos con rasgos de clemencia y lenidad: corrige la voz de proscriccion y muerte que el pueblo en su furor habia adoptado; y dicta las órdenes mas estrechas para que á nadie se persiga por sola la circunstancia de haber visto la luz primera mas allá de las columnas de Hércules. *No es delito*, decia con un aire encantador, *haber nacido en otro suelo*. Pero Ximenez que sin empeñar un combate sangriento deshace el canton de Agua Nueva, y sigue sin disparar un tiro estendiendo por aquel rumbo el dulce imperio de la libertad: Ximenez que con solo el prestigio de su nombre lleva hasta los confines de la República el fuego pátrio que ardía en su generoso pecho, Ximenez, el humano y afable Ximenez tuvo el dolor de recoger por fruto de su moderacion el golpe terrible de la negra perfidia que lo condujo al suplicio.

Ignacio Rayon, fuerte y triunfante en Zacatecas, tiente de nuevo los medios de concertar los ánimos y concluir con la discordia. En vez del orgullo y fiera

que pudo inspirarle su brillante y próspera marcha desde Leona Vicario hasta aquel punto, se vale de las ventajas de su posición para proponer un plan de conciliación que puso en cuidado y debía de llenar de vergüenza á los que peleaban por sostener la tiranía. El astuto y sanguinario Calleja recibe en este documento el primer desengaño de que no podían ser duraderos el desorden y la confusión que le tejieron la corona de sus anteriores triunfos: lo ve; y se asusta no pudiendo dejar de conocer que comenzaba á regularizarse ostensiblemente un movimiento que hasta allí había corrido sin el orden que le era muy natural. Mal disimula su agitación, y ni aun á sus confidentes se atreve á manifestar lo que realmente contenía el pliego que le vieron recibir. Ya dice que Rayon imploraba un indulto y ya que ofrecía capitular, cuando el objeto era unir estrechamente los dos partidos beligerantes y hacerlos conspirar á un fin con la circunstancia de dispensar á favor de los peninsulares consideraciones que solo caben en el suave carácter de los mexicanos. ¿Quién podía esperar que no se aprovechase una coyuntura tan oportuna para poner término á los horrores de una guerra destructora? ¿Quién? El que conoce la arrogancia y la obstinación de los españoles, de esa raza de vándalos que atravesó el Océano en pos del oro, de la plata y de cuantas riquezas ofrece la deliciosa pátria de los aztecas.

Zacatlán nos vuelve á presentar al mismo Rayon tan grande y tan bondadoso como se mostró en Zacatecas. Habla á los españoles con un lenguaje tierno, afectuoso, penetrante: lenguaje que naciendo de los sentimientos mas puros del corazón aleja de sí toda sos-

pecha de ongaño y de hipócrita ficcion. *Nosotros, les dice entre otras cosas, os abrimos el corazon y los brazos para recibirlos...consolaos con que formaremos un pueblo y una familia de hermanos...nos dedicaremos á haceros tan felices como á nosotros mismos.* ¡Por ventura adelantó mas el plan de Iguala? ¡Dijo siquiera otro tanto ó se manifestó con igual espresion ese famoso plan que en contraposicion al grito de Dolores se ha tenido por obra maestra de política y de saber? Pero Rayon hablaba á gentes de condicion altiva y de cerviz indomable: los españoles habian jurado perecer ó seguir mandando aunque fuese sobre escombros y cadáveres; y á Rayon le tocó la época de trabajos y sacrificios. El caminaba por una senda difícil, y á costa del sufrimiento iba sazonzando el fruto que otra mano mas feliz habia de coger en toda su madurez.

A esta sincera invitacion hecha en tiempo en que los españoles tenian justos motivos para no volverse á acordar de su pátria nativa, habia precedido el manifiesto del Dr. Cos, dictado por el mismo espíritu de union y fraternidad, y á cuya celebridad contribuyeron no poco las miserables é insulsas refutaciones del Fraile Bringas, el Apostol quizá mas frenético de cuantos evangelizaban el poder arbitrario y la quietud sepulcral. Pero lo que dió á conocer mejor su importancia es la suerte indigna que le tocó por disposicion de un virey mil veces mas infame que el verdugo ejecutor que lo entregó á la voracidad de las llamas. Asi procede la terquedad española cuando por su propio interés debia adoptar otra conducta que no fuese tan irritante: así corresponde á la sensibilidad de los mexicanos: así recibe las muestras de nuestra benevolencia; y así pare-

ee al mismo tiempo que quiso evitar la publicidad de la justificacion con que procediamos, siempre dispuestos y siempre prontos á perdonar agravios y estrechar los vínculos de la union. Inútil empeño, si esto es lo que se quería, porque en falta de palabras, de manifiestos y comunicaciones oficiales, hablarían siempre los hechos y el carácter generoso de las personas que dirigieron la revolucion hasta el año de 1821.

En efecto, recorriendo la lista de nuestros héroes desde Hidalgo y Allende hasta el nunca bien alabado ni bastantemente sentido General Vicente Guerrero, mal que pese á nuestros antagonistas, no hallaríamos mas que gefes llenos de bondad que lamentaban la ceguera de sus enemigos, patriotas firmes y decididos; pero benéficos y sensibles que veían con dolor la dura alternativa de escoger entre los horrores de Marte ó los grillos de la esclavitud, caudillos humanos que en el mayor encarnizamiento de la guerra, jamás olvidaron las disposiciones de embainar ^{su} ~~una~~ temible espada á la mas leve señal de que se daría lugar á los medios pacíficos de conciliacion. Nada de sangre, nada de estermio y muerte, fué el objeto preferente de sus constantes deseos.

Y por lo que toca á los hechos, es notorio que entre los hijos de Iberia no faltaron quienes tuviesen la noble resolucion de identificar su suerte con la de los insurgentes: que ellos corrieron á incorporarse entre las filas de los que llevaban el ~~aspecto~~ ^{aspecto} de sediciosos y rebeldes; y que allí fueron tratados como hermanos sin que la odiosa distincion de criollos y gachupines produjese en su respecto temores, recelos, disgustos ó sinsabores. ¡Mina! ¡Valiente y despreocupado Navarro? ni

epiteto

tu origen ni los mal entendidos intereses de tus paisanos pudieron servirte de retrahente para hacerte mexicano. Tú dejaste á tu pátria gimiendo entre las cadenas que no alcanzaste á romper, y nosotros tuvimos el placer de comprenderte en el número de los Atletas que combatian por la libertad. Mina, señores, fué tan español como los déspotas que nos oprimian, y Mina fué recibido con salvas y aclamaciones de júbilo en el fuerte del Sombrero, y el nombre de Mina se halla escrito con letras de oro en el catálogo de los mártires de la pátria. Del mismo modo nos hubiéramos comportado con cualquiera o ro repitiendo gustosamente los testimonios de nuestra moderacion; pero, valga la verdad, la garantía de la union, que no cesamos de ofrecer á nuestros enemigos, fue despreciada por ellos de la manera mas ultrajante, y no nos quedó otro recurso que el de apelar á las armas para conseguir por la fuerza lo que no pudimos recabar por ajustes amistosos.

De propósito no he querido hacer mencion hasta aquí de las veces que el partido nacional intentó parlamentar en el monte de las Cruces, porque, si bien aquel repetido parlamento presenta una prueba inequívoca de que desde el principio se aspiró á un acomodamiento que afianzase nuestros derechos, yo no puedo hablar de aquella célebre jornada sin sentir los efectos de la mas profunda consternacion, y necesito un esfuerzo no comun para ocuparme solamente del asombro, admirando la grandeza de alma que en tal ocasion manifiestan nuestros libertadores. Allí los contemplo sobre un monton de cadáveres mezclando sus lágrimas con la sangre de sus hermanos; véolos llorar enternecidos sobre las primeras víctimas de la libertad; mas no los

voos ni con mucho aturridos á la vista de este espectáculo. Otro era el sentimiento de su corazón magnífico, y otra la consideración que los tenía como absorbidos en una especie de embarazo sin poderse mover después de una victoria tan señalada; y es que entonces se paran con frente serena á mirar un monte de dificultades que inesperadamente brota y se eleva delante de sus ojos: dificultades que no podían vencerse en el momento y que era preciso allanar por otro camino que el de la ocupación de la Capital.

Vamos claros, Señores, si no puede ponerse en duda el estupor en que tenían al gobierno proconsular los rápidos progresos de los independientes, si son ciertos los grandes apuros del virrey Venegas á vista del peligro que le amenazaba, si los enemigos estaban llenos de terror, y entre los patriotas reinaba el entusiasmo, sobre todo, si México esperaba con impaciencia á los insurgentes mirándolos como á sus salvadores, ¿por qué sería que estando casi en sus puertas no dieron un paso adelante para poner término á su brillante campaña con la ocupación de la Capital? Este fué un misterio para muchos, y lo han querido explicar de diversos modos. Los devotos gritaron, *milagro de la Virgen de los Remedios*, y otros dijeron otras cosas; pero creo que nadie ha fijado la atención en los ocultos manejos y secreta influencia de los que entonces no pudieron olvidarse de sí mismos y obrar con desinterés. Un falso patriotismo, ó diré mejor, una ambición desmedida vistiéndose con el ropaje del patriotismo inspira la contramarcha, fingiendo peligros que no había fuera de los que ella misma presentaba á la sabia penetración de los vencedores. Esa ambición es verdad que quería el triun-

fo completo de la causa nacional; pero tambien lo es que no se arriesgaba á prestar otro auxilio que el de sus votos y suspiros, y sin embargo, ella no podia sufrir que por consecuencia de un combate glorioso se le quitasen las esperanzas de figurar de luego á luego en los primeros puestos de la patria independiente. ¡Ojala y sucesos posteriores no hubiesen acreditado lo que antes solo estuvo depositado en el seno de la confianza! Pero lo cierto es que si al fin hubo de convenirse en que quedase roto eternamente el nudo que ataba este continente con el mediodia de la Europa, no se halló igual disposicion sobre adoptar un sistema liberal de gobierno, y el pueblo soberano debió quedar preparado para repeler los embates de aristócratas tenaces ó de nuevos tiranos que intentasen perpetuarlo en la esclavitud despues de su independencia.

Habia aqui en lo general el mas vehemente deseo de ver tremolar en el recinto de la Ciudad la bandera nacional, tanto que llegaron á prevenirse trages propios para celebrar la entrada del ejército vencedor. Pero con este deseo y con tales preparativos nada se adelantaba; una cooperacion de otra clase habria evitado la contramarcha y las consiguientes desgracias de Aculco, Guanajuato y Calderon. Un movimiento dentro de la Capital era suficiente para acabar de aturdir al gobierno vireinal, y era el golpe que estaban indicando todas las circunstancias. ¡Qué faltaba para hacerlo? ¡Un gefe que levantase la voz, y se pusiese á la cabeza de los bárrios tan dispuestos como el pueblo de Dolores y el numeroso vecindario de Guanajuato? Pero si aqui estaba la flor y la nata de los insurgentes, y asi se quiso que lo creyésemos los que por fuera teniamos siempre

á la vista el cadalso por premio de nuestra decision, ¿cómo es que entre tantos ilustres patriotas no hubo uno que tuviese valor para excitar el fuego del patriotismo proclamando la causa que acababa de coronarse con los laureles de triunfo? ¿Se ignoraba acaso el éxito de la accion, y no era prudencia aventurar un paso tan delicado? No, porque se estaban mirando entrar fugitivos heridos por la espalda, y Trujillo no dilató en presentarse cubierto de confusion y vergüenza. ¿Faltaban armas y soldados aguerridos? Nadie lo niega; pero no podia dudarse que humildes y medrosos indios armados de hondas y piedras fueron el robusto apoyo de un párroco para lanzar el grito, que hizo recordar á los mexicanos la nobleza de su origen. ¿No habia un plan ni se manifestaban las bases de un sistema social? Aquí se habrian formado despues de arrancar el baston y la espada de las opresoras manos de estúpidos mandatarios. ¿Se reparaba la falta de manifiestos y proclamaciones? ¿Ah señores! ¿En vez del papel hablaba la naturaleza! Los crudos y desapiadados golpes del despotismo mantenian vivo el sentimiento de la injusticia, y este era un lenguaje mas penetrante que las estudiadas frases de la pluma. Pero si se querian escritos que justificasen nuestra demanda y fomentasen el entusiasmo, aquí habia luces, cuantas permitia la calamidad de los tiempos, y no faltaban imprentas como en el monte de las Cruces y en los demás puntos que ocuparon las tropas de la nacion hasta Guadalajara en donde tuvieron este auxilio; y ya se vió el uso que allí se hizo de esta invencion tan temible para los tiranos, Allí hubo manifiestos, hubo proclamas y hubo periódicos que segun la

marcha de los sucesos iban desenvolviendo poco á poco ideas que en política no convenia publicar de otro modo. Todo se hubiera echado á perder si desde el principio se hubiese prescindido del execrable nombre de Fernando VII, y mas todavia si desde luego hubiese asomado la palabra independencia, y una nueva forma de gobierno.

Bendita voz de Dolores que fijándose nada mas que en el derecho que teniamos para no ser gobernados como seres envilecidos y puestos al nivel de los brutos, abrió una carrera de gloria, cuyo término habia de ser el de elevarnos al rango de Nación independiente. Bendita, bendita sea, y bendito eternamente el génio de la libertad, que pesando con sábia y profunda circunspeccion todas las circunstancias, atinó con el medio único de salvarnos. ¡Hidalgo! la Pátra se reconoce deudora de su independencia á tu heroica resolucion, y contemplando con asombro la grandeza de alma que acometió tan difícil y atrevida empresa, tributa hoy á tu memoria con sensibles demostraciones de júbilo, el justo homenaje de la gratitud. Si el pueblo recuerda que desde aquella época ya hubo sábios de colegio, censores de bufete ó políticos de estrado, que se creyeron con luces bastantes para concebir mejores planes que el que nos ha salvado, ese mismo pueblo á impulso de su buen sentido los desprecia y nada tiene que agradecerles, porque sabe que con puras conversaciones, ó con teorías inaplicables nada se podia conseguir, siendo asi que el plan censurado se estendia rápidamente por los pueblos y provincias. Dales, sin duda, vergüenza á muchos no mostrarse adictos al movimiento, que de dia en dia se generalizaba, y de aquí es, que aprobando el objeto de

la insurreccion, reprobaban el modo y los medios de promoverla. Rara invencion con que pretendieron colocarse en el número de los patriotas, al paso que no querian desmerecer las consideraciones del Gobierno opresor. Sin mas política que la de arrastrarse, como reptiles, delante de los tiranos para alcanzar destinos, que jamás habrían obtenido por el camino del mérito, sin otra ventaja que la de haber logrado á fuerza de bajezas humillantes tal cual confianza de los mandarines españoles, se tuvieron por hombres de cuenta destinados esclusivamente para dirigir un día la marcha de los negocios públicos. Cuando la Pátria lloraba la pérdida de sus mas denodados vengadores, entonces cabalmente los que querian hacer el papel de insurgentes vergonzantes se desvivian por acreditarse realistas fieles, y lograban los favores mas señalados del Rey católico y de sus fieros mandatarios. ¡Cuántas mitras, cuántas canongías, cuantas togas, cuantas plazas de inquisidores honorarios, y cuántas comisarias del tribunal de la fé se les prodigaron para comprometerlos á servir de apoyo á nuestros verdugos, que igualmente recibieron grandes premios por su ferocidad! ¡Y cuan acertada salió esta medida, cuyas consecuencias hasta hoy resiente la nacion, y resentirá todavia qué sabemos hasta cuando!

Señores: mi discurso sería interminable si yo quisiese ir notando una por una las enormes dificultades, que fué preciso arrostrar para reducir á ejecucion el grandioso proyecto, que nacido en Dolores y sostenido con constancia inimitable en once años de trabajos y sacrificios, allanó el camino al héroe de Iguala para acabar de cancelar la escritura de nuestra esclavitud. Concluiré, pues, con el mezquino consuelo de habéroslo indicado

señalando las fuentes de donde emanaban, y dejaré que la viveza de vuestra imaginacion supla la enérgica afluencia que ha faltado al orador.

El carácter de obstinacion y la conducta de nuestros capitales enemigos, los abusos de la autoridad eclesiástica que obraba de consuno y con igual obstinacion, el embrutecimiento á que fuimos reducidos, la supersesion y el fanatismo que hicieron gravitar sobre nosotros todo el peso de su tiránico imperio, preocupaciones que se nos comunicaban con la misma leche de la infancia, la division que se introdujo y se procuró fomentar entre nuestros paisanos, la irresolucion de muchos de ellos por una parte, y por otra los funestos síntomas que se presentaron de egoísmo, de interés, de ambicion, de envidia y de la vanidad presuntuosa, cuando nada debia haber que no se sacrificase en las aras de la Patria: ved en resumen los fecundos manantiales de las dificultades y de los obstáculos, que precisamente habian de obrar en contra de nuestra intentada emancipacion. Pero á pesar de todo, Hidalgo ¡ó nombre esclarecido! ¡ó fortaleza incomparable! ¡ó suceso maravilloso, digno de la inmortalidad! Hidalgo rodeado de unos cuantos mexicanos, sobreponiéndose á cuanto podia desalentar al espíritu mas esforzado, clama con una fuerza sobrehumana: baste ya de ignominia y de tanto padecer. *Viva la América*: comience á dar señales de vida este cuerpo desangrado y exánime: hágasele respirar el aire puro de la libertad, y exhale en este dia el primer aliento de su existencia política. *Viva...* Pero sería un escándalo repetir hoy con esa voz, aun por via de narracion el nombre odiosísimo de un déspota coronado, que entonces fué conveniente proclamar. Omitámoslo,

reservando á los Aristas y Duranes, á los Perez Palacios y Escaladas, á los Moranes y Canalizos el opróbrio de manchar sus pérfidos lábios con el nombre del Monarca absoluto á quien se han propuesto servir. *Viva la Virgen de Guadalupe*, esa Señora adorable á quien volviamos los ojos implorando su proteccion en los dias tristes de nuestro cautiverio, esa Madre clementísima en cuyo piadoso seno íbamos á depositar nuestras lágrimas buscando el consuelo que nadie nos dispensaba. Cese, por último, de ser profanado este suelo por la monstruosa tiranía con quien es imposible transigir. *Afuera tiranos*, con quienes no hay ni puede haber paz ó convencion amistosa, ó mueran si se obstinan en remacharnos los grillos á que fuimos condenados por espacio de tres siglos.